



Él ya no está ahí

Ali Asghar Mazhari

*En el círculo del Ser, el existente es uno,
la existencia es tan sólo una imagen en el agua, el Ser es uno.
Si te sumerges en el océano de la no-existencia,
verás que el mar, el río y la gota son uno.*

—Dr. Javad Nurbakhsh

*Tomad el pandero en la mano; la Luna salió de su casa.
Agarrad el arpa; el tiempo de la locura ha llegado.
El ojo llora; en verdad, los pensamientos gravitan;
los bucles de ébano de la Amada se asoman tras el velo.*



Él ya no está ahí. Qué puedo decir sobre él, él que ya no está presente en esta casa.

No puedo creer que no vuelva a verle nunca más, tan lleno de alegría serena, en la pequeña habitación del Viejo Molino, entre los campos. No disfrutaré más de aquellas horas de conversación repleta de humor, amenizada por su risa característica. ¿Cómo puedo consolar a mi corazón atormentado por el amor?

No puedo creer que no esté más ahí, recordando cómo, por el amor de estar con él, me sentaba durante horas ensimismado en el avión, volando de un continente a otro. Cómo, anhelando su encuentro, demoraba casi un día entero entre el aeropuerto y la estación de ferrocarril, hasta alcanzar Banbury, donde un taxi, con su habitual conductor paquistaní, me llevaba hasta él en el Viejo Molino.

Y ahora, ¿cómo puedo convencerme para embarcar en el pájaro de acero? Me resisto a visitar su tumba. No hace muchos años él mismo me mostró el sitio preciso. Tan pronto como empezó a hablar de ello, salí corriendo. Le supliqué que no hablara de ello. Su corazón sintió pena y compasión por mi estado perturbado, y ya no dijo más.

Yo sabía de qué hablaba y qué me quería decir. Estando con él el año anterior, cuando cayó gravemente enfermo y fue ingresado en el hospital, y los doctores desesperaban de su recuperación, me descubrí a mí mismo escapando del Viejo Molino y de Inglaterra. Preferí huir, porque no quería oír las noticias, ni aceptar lo que estaba sucediendo.

¡Ciertamente, pasará largo tiempo hasta que la madre de la creación de a luz un hijo como él!



El amigo que ha «vaciado su manto» nos ha llenado con su presencia

En el transcurso de ese año crucial, las diferentes veces que hablé con él su voz parecía fatigada y, sin embargo, como siempre, afable, cariñosa. Al contrario que en el pasado, no me invitaba a verle ni bromea-

amor no hay despedida.

Sin embargo, debo escribir esta necrológica desde el corazón, como él hubiera querido. Pues, tal como me dijo en una ocasión, siempre le agradaba lo escrito con el corazón. Él sabía bien que yo no soy una persona que escriba lisonjas en memoria de quienes dejan este mundo. Las generaciones futuras reconocerán quién era el doctor Nurbakhsh y valorarán

Maestro y guía estaba listo para su ascensión desde hace un año. En una ocasión me dijo: «¿Acaso no crees en la muerte antes de morir, y no sabes que hace tiempo que yo he muerto y estoy rendido al Amado?».

El año antes de su primera caída, dados el permiso y la oportunidad que tenía a mano y siguiendo mi costumbre de pasar una o dos semanas al año con el Maestro, hice una



ba, como de costumbre, sobre que no hiciera un esfuerzo por ir a visitarle. Era como si supiera que yo no podría verle en el lecho de la enfermedad. Parecía querer que le recordara tal como le había visto durante los últimos treinta años, o, por lo menos, eso fue lo que pensé.

Cuando el suceso tuvo lugar hace unos pocos días, al recibir la dolorosa noticia, no tuve ni siquiera fuerza para viajar al Viejo Molino para participar en el último adiós. Quizás esto también era su voluntad, pues en el

todo el servicio que realizó en beneficio del sufismo amoroso persa y de la humanidad. Para mí, mi maestro y guía no es ese cuerpo que yace en los brazos de la tierra, él era un ser alado que, al «vaciar su manto», voló a la morada de Aquel que era el Dueño de su corazón, voló hasta su Bienamado.

Morir antes de morir es la cima de la vida

Desde la perspectiva de este escritor, la realidad es que nuestro

visita al Viejo Molino. Cada día me beneficiaba de su presencia durante horas y horas. El día antes de que fuera llevado al hospital, tuve con él una conversación que se ha fijado en mi memoria.

Cuando manifesté mi preocupación por su descuido hacia su salud, me contestó: «Mi labor en este mundo ha terminado. He cumplido con todo lo que tenía que hacer aquí. Estoy listo para partir».

Cuando al día siguiente se sintió enfermo y fue llevado al hospital, creí

realmente, a la luz de sus últimas palabras, que él no volvería; sin darme cuenta de que miles de almas afligidas de discípulos enamorados, que le habían entregado cabeza y corazón, retrasarían con lágrimas y suspiros su viaje al reino celestial.

Cuando regresó del hospital en un estado apenas recuperado, en la primera conversación breve que mantuvimos le expresé mi opinión, recordándole: «Su intención era irse, pero los sueños le cerraron el paso». Debilitado como estaba se rió entre dientes, luego guardó silencio.

Días después, en nuestra última reunión, cuando su habla estaba afectada por el problema de sus pulmones, me aproveché de la libertad que tenía, y de nuevo protesté: «¿Cómo es que, siendo médico, no se preocupa de su salud, que no se cuida de ella?».

Hizo una pausa momentánea, luego me dirigió una mirada extraña y habló prolijamente:

«Me conoces desde hace más de cincuenta años, y yo te conozco bastante bien. Deberías saber que mi trabajo, mi cometido en este mundo, ha terminado. No hay motivo para seguir viviendo. No me he acostumbrado a vivir de esta manera, enfermo e inactivo. Detesto ser improductivo. Cuando estuve en Irán, pasé gran parte de mis días bien en la Universidad impartiendo clases, bien en el hospital cuidando enfermos. En las horas restantes, en el *jānaqāb*, sirviendo a la gente como un *darwish*.

Cuando me fui al extranjero me dispuse a emplear mi tiempo en el servicio del *jānaqāb* y de los buscadores. Nunca tuve un proyecto para mí mismo. Nunca quise ser una carga para el *jānaqāb*. Hasta ahora no lo he sido y tampoco ahora lo voy a ser. Me gané la vida con los libros que escribí o edité, trabajando en ellos diariamente, horas y horas. Ya no tengo nada inacabado. Siento que mi servicio ha terminado. Debo entregarme al Amado. Lo último que querría es seguir viviendo siendo un anciano convertido en una carga para el *jānaqāb* y para los *darwish*».

Miro,
en aquel rincón,
más allá de la cumbre de la ternura,
el crepúsculo está tenido de sangre.
En el umbral de la noche de la Unión,
el espejismo del rostro radiante de la luna
está empañado.
Una estrella, tan alta como la luz,
revestida con el manto de los enamorados,
de color blanco,
con las alas del amor, como la mariposa,
vuela ligera, fugaz,
hacia el reino celestial.
Las estrellas llegan en súplica del amor.
¡Ah, el horizonte es maravillosamente bello!

Hace cincuenta años di mi corazón al Maestro

Hace casi sesenta años que conocí al Maestro iluminado de la Orden Nematollāhi. Prácticamente desde la época en la que el doctor Nurbakhsh llegó a la pequeña ciudad de Bam, al comienzo de su carrera como médico, y trabajaba en el hospital público de la ciudad, así como en su propia consulta junto a la calle principal. Al mismo tiempo había formado un pequeño círculo de amor que incluía a varios *darwish* nematollāhi de Bam que se reunían en la casa de uno de ellos (en aquel tiempo la Orden todavía no tenía un centro en Bam).

Mi difunto padre, discípulo él mismo del maestro de la Orden, Munes 'Alī Shāh, se hizo amigo del doctor Nurbakhsh y se unió a su círculo. Por respeto a mi padre, poco a poco y sin ningún sentimiento auténtico, me acerqué a este círculo ofreciendo mi devoción al joven doctor Nurbakhsh. He de admitir, sin embargo, que en aquel tiempo, al estar relacionado con izquierdistas, tenía una actitud más bien cínica; no sentía por la fe y la religión otra cosa que desprecio. Desde este punto de vista, yo era no sólo opuesto sino activamente combativo al estilo y al enfoque del doctor Nurbakhsh.

Un grupo de amigos de Dios ocultos

Poco después de que el doctor Nurbakhsh fijara su residencia en Bam, algunos compañeros míos y yo nos encontramos con tres amables forasteros de bigotes vistosos, sentados a la orilla del pequeño río que corría a lo largo de la calle cercana a la consulta del Doctor.

Decidimos meternos con ellos. Así que empezamos por dirigirles algunas frases venenosas. Les llamamos de todo, les dijimos que eran un grupo de moscas zumbando en torno al dulzor de la presencia del joven médico, que eran un grupo de libertinos, parásitos de la sociedad. Pero ellos simplemente ignoraron nuestras palabras.

Después de un rato, al ver nuestra insistencia, uno de ellos, un hombre fornido, de quien más tarde supe que era amigo entrañable del Maestro, el difunto Sr. Jarābāti, se acercó a uno de nosotros, mayor que los demás, y susurró algo en su oído, luego volvió a sentarse de nuevo.

Mi amigo simplemente saltó sobre su bicicleta y se marchó. El resto de nosotros salimos tras él. Nunca nos dijo qué palabra o qué secreto le había revelado aquel increíble *darwish*, llenándole de un pánico tal. Años

después, al preguntar al mismo Sr. Jarābāti sobre ello, me contestó, riéndose: «Déjalo pasar. ¡No todo puede ser revelado!».

Pocos días después vi al doctor Nurbakhsh y le pregunté sarcásticamente qué había pasado con los tres tunantes bigotudos. Rompió en carcajadas y dijo: «¡Has de saber que también entre los tunantes hay amigos de Dios!».

Fui a por mi bicicleta y me dirigí a la consulta del Doctor para darle el mensaje. Dijo que tenía que ver a dos pacientes más. Luego se disponría a ver al profesor. Él también iba en bicicleta, así que fuimos juntos a la casa del profesor.

Tan pronto como entramos en la habitación donde yacía el profesor, el enfermo levantó la cabeza. A la vista del Doctor gritó llamando a su mu-

un sobre y me lo dio, pidiéndome que se lo diera al Doctor y le excusara. Al rato el Doctor salió de la habitación y, al verme tan embarazado, bromeó conmigo antes de coger su bicicleta. Ante la puerta de la casa le presenté el envoltorio en presencia de la esposa, pero él lo rehusó. Cuando insistimos dijo: «Nunca cojo dinero por algo que no he hecho. No he realizado ningún servicio y no he visto a



El Viejo Molino (old Windmill). Fotografía de Vahid Yademelar

La primera lección en el servicio resultó ser la discreción

Al año siguiente uno de mis profesores de la escuela, que gozaba de cierto estatus entre los izquierdistas y a quien yo respetaba especialmente, cayó enfermo y postrado en la cama. Al enterarme fui a visitarle. Su mujer me recibió en la puerta y me dijo: «Tu profesor no está bien y me pregunto si podrías traer al doctor Nurbakhsh», que en aquel tiempo era el director del hospital público de Bam.

jer diciendo: «¡No necesito ningún 'Azrael (ángel de la muerte en el Islam)! ¡No quiero ni ver a ese médico barbudo!»

Embarazado, huí de la habitación. La esposa, igualmente embarazada, entró, pero no pudo hacer nada para detener los exabruptos de su marido. El doctor Nurbakhsh, sin embargo, sólo sonreía, imperturbable, y hacía señas a la mujer de que no se preocupara. Después de un rato, la mujer salió de la habitación y, avergonzada, puso un poco de dinero en

enfermo alguno. Lo que pueda haber hecho, si es que he hecho algo, era mi deber». Dicho esto, montó en su bicicleta y partió.

Desde aquel día en adelante tuve una atención especial para él. Siempre que me reunía con él, era con el respeto más profundo, pues me había enseñado la primera lección auténtica de mi vida. Al mismo tiempo, perdí el respeto por mi profesor, de quien nunca habría esperado tal comportamiento. Y con ello se marchó gran parte del fanatismo absurdo que yo

sufría, aunque, lamentablemente, no lo suficiente como para no seguir, tanto yo como un grupo de mis amigos, con nuestra actitud reprochable, aprovechando cualquier oportunidad para continuar con nuestras burlas a cualquier *darwish* que veíamos, pues pensábamos que el sufismo pertenecía a siglos pasados, que ya no había lugar para charlas de esa naturaleza, ¡que ahora era el tiempo de hablar sobre Marx!

Sucesor de Munes 'Ali Shāh

Fue durante los disturbios del 19 de agosto de 1953, con el golpe de estado contra el gobierno del primer ministro Mossadegh, cuando mi padre me comunicó la noticia de la muerte del maestro de la Orden Nematollāhi, el venerable Munes 'Ali Shāh. Me invitó a acompañarle a una reunión conmemorativa.

En medio de dicha asamblea, el doctor Nurbakhsh rompió con la tradición funeraria, se levantó ante la congregación en la mezquita y habló en honor de su maestro en los términos más elocuentes. Luego anunció que, tal como el maestro de la Orden, Munes 'Ali Shāh, había determinado, y siguiendo la costumbre tradicional de la sucesión en el sufismo, él aceptaba, con humildad, hacerse cargo de la Orden Nematollāhi.

Varios días después de los sucesos del 19 de agosto, dado el ambiente hostil hacia los izquierdistas, incluso en la pequeña ciudad de Bam, mis amigos y yo encontramos prudente desaparecer del mapa. Tras esto no tuve contacto con el Doctor hasta agosto de 1957, cuando le encontré de nuevo.

Por aquel tiempo yo estaba pasando por un periodo de gran angustia, sufriendo por la despreciable conducta de algunos de mis compañeros. En contra de mis creencias y mi educación, todo mi ser estaba colmado de odio. En mi corazón no atendía a nada salvo al rencor y la venganza.

Me encontré con el doctor Nurbakhsh por pura casualidad, sin la más mínima premeditación. Empecé lleno de reproches, pero mientras estaba rugiendo como un león, él

me encomendó al cuidado del Señor. Seguí sus instrucciones espontáneamente y fui lanzado a la Senda. Al cabo de los años finalmente tomaba refugio en Dios. Lo que ocurrió está más allá de las palabras, fue algo maravilloso e indescriptible.

A partir de entonces me volví hacia el amor y el servicio, más allá de cuanto pudiera concebir. Entregué mi corazón al doctor Nurbakhsh, que se había convertido en el rey de mi corazón, y emprendí, bajo su dirección, el camino hacia el Amigo. Mas, qué pena, no he podido alcanzar mi meta, pues en el amor divino no hay cabida para el egoísmo y la ambición. Pero, aunque he fracasado mil veces, creo sin embargo en lo hondo de mi corazón que en el camino del Amado no hay lugar para la desesperanza, y que Él siempre toma la mano de los caídos en la Senda.

La agonía de la separación y la pena del extrañamiento

Hace veinte años estaba deprimido por mis recuerdos, aislado en una tierra extraña. El Maestro me llamó hacia sí con infinito afecto, así que fui a donde él estaba, cubierto de vergüenza por mi forma de ser *darwish*. Tras haber estado alejado de él durante años tomé mi mano tiernamente, y de nuevo, una vez más, sentí el calor de su afecto.

Pasé un mes en su presencia y conversamos cada día, lejos de la consciencia de cualquier otra cosa. Por encima de todo, él creía en el círculo del amor y en la expansión de los *jānaqāh* en el mundo occidental, ya que era bien consciente de la sed de los occidentales. La divulgación de la cultura mística y de la música basada en el amor era su máximo empeño.

Era extraordinariamente amante de la paz, irradiando tranquilidad y derramando amor sobre sus discípulos. Era firme como una montaña ante las vicisitudes del tiempo, y cuando le hablaba de las dificultades o peligros, simplemente se encogía de hombros y decía: «He dedicado mi vida al Amado. Estoy sometido a Su voluntad y liberado de toda preocupación».

La devoción consiste puramente en el servicio a los demás

Él era como una luz en el seno de la oscuridad. Ayudaba a cualquier criatura de Dios que sufriera angustia y abatimiento, dándole luz y esperanza. Fui personalmente testigo de cómo recibía con los brazos abiertos en el *jānaqāh* a hombres y mujeres desesperados, perdidos en el desaliento, trayéndoles la paz y derramando vida sobre ellos.

Al anotar esto, llego al final de mi homenaje declarando que, como siempre he mantenido, yo no veía a mi maestro en la forma que muchos hablaban de él. Para mí era un maestro y guía muy experimentado, con un elevado nivel de perfección y una amplia visión interior y, al mismo tiempo, un ser humano como cualquier otro hombre.

Para mí la grandeza de su morada espiritual residía en su humildad característica. Recuerdo que una vez me dijo: «Yo no me veo tan elevado como tú me consideras. Sólo tomo refugio en Dios y me apoyo en Su Gracia, e intento servir a la gente, ya que la devoción hacia Dios no es sino servir a Sus criaturas».

Ahora que él ya no está con nosotros, he puesto, esperanzado, mis ojos en el futuro. Conozco bien a su sucesor, el doctor Alireza Nurbakhsh, y sé que seguirá el camino de su padre en la difusión de la escuela del amor y en la creación de nuevos círculos del amor a lo largo del mundo, trayendo más alegría que nunca a aquellos viajeros que, como yo, han rendido sus corazones y comprometido su fe durante más de medio siglo.

